

miento de los medios escritos, como queda documentado en la investigación en referencia, contribuyeron al cambio democrático. Lo relevante de la investigación es que permite demostrar tal aseveración, en lo que corresponde a los periódicos estudiados: *Excelsior*, *La Jornada* y *Reforma* diarios de información general y de amplia cobertura, seleccionados por su línea editorial, por el reconocimiento social de sus articulistas y su importante presencia en los lectores con poder de decisión en los asuntos públicos del país.

También, los resultados de la investigación ofrecen elementos para analizar de manera más científica y menos anecdótica el influjo de la producción editorial de los medios impresos en la delimitación, definición y caracterización del cambio democrático. Al mismo tiempo que dan pistas acerca de los cambios en las relaciones de la prensa y el periodismo con el régimen político ocurridos durante los últimos doce años.

Por último, la investigación es una referencia importante para continuar estudiando acerca del papel de la prensa en la discusión y negociación de demandas sociales y en la formación de la opinión pública dentro de la dinámica política que el país experimenta.



Ideas para conversar sobre la densa ambigüedad del ahora. Un acercamiento al eje comunicación, cultura, política y democracia a partir de la obra de Jesús Martín Barbero (segunda parte)

Samuel Martínez López

En esta segunda parte del artículo de Samuel Martínez López sobre Jesús Martín Barbero, el autor aproxima al lector a las principales reflexiones que este prestigiado investigador ibérico-colombiano ha hecho, a lo largo de su obra, sobre el eje comunicación, cultura, política y democracia. Para ello, en esta segunda parte del artículo, se describen sus concepciones de política y democracia, se exponen sus argumentos y posturas en las relaciones entre estas ramas de la acción humana. Se detallan sus propuestas. Palabras clave: comunicación, cultura, política, democracia, medios de comunicación, movimientos sociales y políticos culturales.



CAMBIOS DE LA POLÍTICA Y LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA DENTRO DEL MUNDO GLOBAL Y SUS PROCESOS COMUNICATIVOS

Como se habrá percibido en el mapa descriptivo que hicimos en el número anterior de esta revista, las instituciones e instancias que por su importancia más se destacan como elementos re-configuradores de lo que hasta hace pocos años se entendía por "política" y "democracia", son el "mercado" y las "redes informacionales". Y es que ambos, sin duda, son los ámbitos desde los cuales se han impulsado el mayor



74

número de transformaciones, porque sus dinámicas construyendo el *espacio-mundo* han reconfigurado en muy poco tiempo los contextos nacionales y locales, tanto en lo económico, como en lo político y lo cultural. De tal modo que sin poder sustraerse a las dinámicas del mundo en el que están inmersas, *la política y la lucha por la democracia en tanto esferas de la acción social*, no han podido mantenerse inmunes ni han salido del todo ilesas de los cambios que desde estas dinámicas del mundo global se han alentado y producido.

Sobre todo, cuando esas dinámicas más allá de haber modificado los "niveles macros" de las estructuras económicas, políticas y culturales, han llegado de manera inaudita a transformar algunos aspectos claves de la vida cotidiana. Aspectos cuya palpable transformación y trastocamiento, *al modificar las formas de mirar y mirarse, al cambiar los modos de reconocer y reconocerse, al variar las maneras de juntar y juntarse, de sentir y sentirse*, lo que han hecho es alterar y rebasar *desde abajo*, desde los cambios en las formas vivas y primarias del tejido social, lo que antiguamente se entendía por política y democracia.

LOS CAMBIOS EXPERIMENTADOS POR LA POLÍTICA: LA EMERGENCIA DE UN NUEVO ENFOQUE

Para Jesús Martín Barbero (JMB), dentro del contexto del mundo global y el *desanclaje* cultural catalizado por las redes electrónicas, uno de los cambios más significativos que ha experimentado la política es el que se ha presentado tras lo que ubica como *el proceso de secularización*. Un proceso que —recordémoslo— acompañando las luchas de la "razón moderna", *ha hecho posible la conquista de la autonomía del Estado, la autonomía de las esferas del arte, la ciencia y la moral, respecto de la religión y la iglesia*. Según el autor, en el caso de América Latina, este proceso se ha dado en dos etapas:

- a) La primer etapa, aún incompleta pero de la cual se perciben innegables avances, es la etapa de la búsqueda de una *autonomía educativa, política y jurídica*, que al menos formalmente se ha plasmado en las propuestas y leyes de la constituciones de muchos

75



países latinoamericanos: *laicismo, elección popular de órganos gubernamentales, federalismo, división de poderes, defensa de la soberanía, respeto de las creencias y libertad de cultos, son algunos de sus avances.*

- b) La actual segunda etapa, la de secularización de la política que a su manera habla de los cambios que se viven en las formas de la socialidad, marca por el contrario la búsqueda de *otro tipo de autonomía*: la del sujeto, la de la subjetividad. Y es que al contrario de la etapa anterior en el que las luchas políticas solían darse por apego a macro/objetivos y consignas ideológicas, para el pensador colombiano en esta segunda etapa se asiste a la *erosión progresiva de la legitimidad del Estado y al distanciamiento creciente entre tecnoestructura y ciudadano*. En otras palabras, ésta es la etapa donde políticamente se asiste a la emergencia de nuevas y múltiples luchas: por la defensa de la diferencias de género, raza y cultura, por hacer valer el derecho a la libre elección de la preferencia sexual o por concretar *el principio de autorrealización o felicidad*. Unas luchas por la autonomía del sujeto, que profundizando lo que JMB ha señalado como la secularización de la política, aparte de darse a través de los medios y de tener una relación explícita con las tendencias al repliegue desocializador sobre privado, lo hogareño y lo doméstico, no sólo han mo-

dificado la agenda política, sino que también han redefinido el sentido y el alcance mismo de la acción política, ya que son a la vez inextricablemente individuales y colectivas.



Aunque vale la pena acotar, que en la medida en que las luchas por la autonomía y por la diferencia *vienen acompañadas de una lucha por el respeto y la defensa de la privacidad*, éstas, por su propia especificidad, han corrido el paradójico riesgo de convertirse en una forma de rechazo a lo colectivo, a la uniformización y a lo homogéneo. Sobre todo, en un mundo donde las industrias culturales y los flujos informativos, activando la crisis de lo nacional, vehiculando y acelerando la heterogeneidad y la multiculturalidad a escala mundial, *impulsan y fomentan ambigüamente las diferencias* que proliferadas fuertemente, además de poner en peligro los lazos de la cohesión social, *multiplican las demandas de autonomía y respeto* a las que unas limitadas y esquemáticas formas tradicionales de la "representación política", no pueden del todo responder. De ahí que al darse un desanclaje de las culturas locales, al estallar con la

multiculturalidad y la internacionalización de los mundos simbólicos, las memorias y las macro/identidades nacionales, y al diversificarse y fragmentarse las luchas por la autonomía y la privacidad, lo que para Jesús Martín Barbero se presenta por "incapacidad" de los partidos políticos (en su instrumental pragmatismo y en su alejamiento sistemático de los mundos de vida) sea una *crisis de la representación política*.

Crisis de representación de los partidos (una incapacidad para representar institucionalmente las distintas demandas y actores sociales), que según JMB, sumada a la *alarmante falta de espacios públicos de intercambio y negociación política en las ciudades actuales*, lo único que paradójica y proporcionalmente han aumentado es la *fuerza sustitutiva de los medios masivos*. Y la han aumentado, porque ante la incapacidad de los partidos y la falta pública de espacios, los medios masivos (por su "prestigio" y "credibilidad", por lo extendido de su presencia social y porque se han convertido en sitios de expresión, negociación, legitimación y reconocimiento político), *sustituyendo* desde su caótico y contradictorio discurso mediático a las esquemáticas instituciones políticas, han sido los "únicos capaces" (a través de noticieros, canciones, reportajes, con-



ursos, historias, ensayos, caricaturas, películas, telenovelas, programas cómicos...) de recoger, asumir, legitimar, reconocer y dar voz a las nuevas diferencias y conflictos.

Hablamos pues de unos "medios" que al mismo tiempo, por ser escenarios de la esfera pública, por ser espacios donde se juega mucho de la política y por lo fuerte de su alcance social, más allá de *sustituir ambiguamente* por su capacidad de representatividad e interpelación a las instituciones políticas, han sido ya convertidos ellos mismos en el nuevo y más eficaz *escaparate de la política*. Un *escaparate*, si, donde la política apoyándose y casi dependiendo de los medios y en especial de la televisión, ha llegado a fundirse y compenetrarse tanto que hoy su discurso y su acción, trasformada, ya no pueden separarse de los medios. Nos referimos claro está a la emergencia de la llamada *video-política*,¹ es decir, a la *fusión* del dis-



¹ La *video-política* de lo que habla es de como la política y los políticos, fusionando su discurso con lo que posibilitan los medios —sobre todo audiovisuales—, enchan *lo político* con la "magia" y también con la "mafia" de los medios.

curso mediático y el político. Una fusión que según nuestro autor ha desembocado en la "desfiguración" de la política a partir de dos dispositivos: el primero es aquel mediante el cual los medios, *al privilegiar la forma sobre el fondo y el medio sobre el mensaje*, "vacían el discurso" y la sustancia de la política transformándola en espectáculo², en puro gesto e imagen capaces de provocar reacciones —cambiar la intención del voto, modificar súbitamente los porcentajes de adhesión— pero no de alimentar la deliberación o el debate ideológico y menos de formar convicciones. El segundo dispositivo de la desfiguración de la política, es el de la sustitución. Se trata del dispositivo mediante el cual los medios al espectacularizar a la política mediante la hegemonía de la imagen, terminan desde ésta *sustituyendo* a la realidad. Esto es, que el proceso y el discurso mediático de la política, por su importancia, sustituye la realidad de la acción política y con ella

80

el mediador, el comunicador, acaba suplantando al político no sólo en el sentido primario —el periodista estrella que llega a tener más credibilidad y hasta poder que el parlamentario o el gobernador— sino otro más hondo, el político va interiorizando la función comunicativa hasta vivir de la imagen que proyecta más que de las ideas u objetivos del partido que representa. [Así] la video-política sustituye a la vida política en el mismo proceso y al mismo ritmo en el que el ciudadano va siendo reemplazado por el consumidor: el mercado no sólo achica y deshuesa al Estado sino que fagocita la sociedad civil, a la ciudadanía, convirtiéndola en instancia de legitimación de sus propias lógicas y discursos (JMB, 1997a:23).

² Con esto, a lo que JMB se refiere es a que la política que desde los medios se hace hoy en día, es un tipo de política que recargada más en la *teatralidad* que en los argumentos, se dedica más a *emocionar* para convencer, que a discutir y argumentar. Una política donde por supuesto, los gestos sentimentales agrandados y espectacularizados por los medios, buscan más tocar e interpelar el corazón de las mayorías, que su razón.



81

Evidentemente JMB acepta que muchos de los cambios que la video-política ha instaurado, tienen que ver también con los errores, corrupción y distanciamiento de los mundos de la vida social por parte de los propios miembros de la "clase política", así como con las transformaciones de las "culturas políticas" a causa de la emergencia de las *nuevas sensibilidades ciudadanas*. Por lo mismo, para JMB lo que se está viviendo *no es sólo la disolución de la política*, sino *la reconfiguración de las mediaciones en que se constituyen sus modos de interpelación de los sujetos y representación de los vehículos que cohesionan una sociedad*. Una reconfiguración en la que, como ya dijimos, los medios tienen mucha responsabilidad porque:

más que a sustituir, la mediación televisiva o radial ha entrado a *constituir*, a hacer parte de la trama de los discursos y de la acción política misma, ya que lo que esa mediación produce es la



82

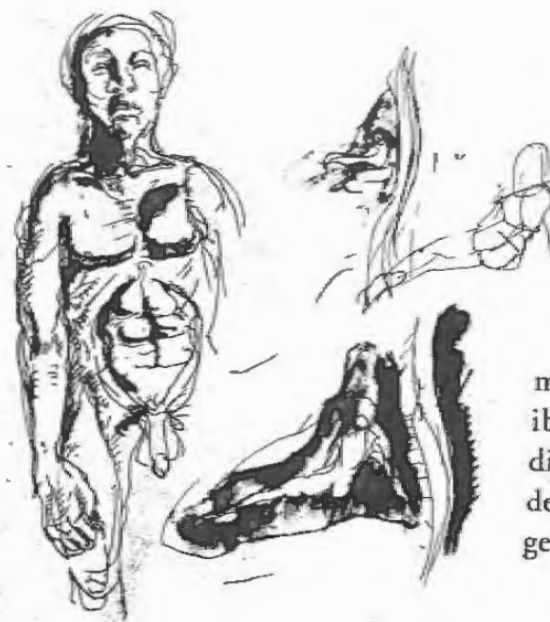
densificación de las dimensiones simbólicas, rituales y teatrales que siempre tuvo la política. Porque el medio no se limita a vehicular o traducir las representaciones existentes ni puede tampoco sustituirlas, sino, que ha entrado a constituir una escena fundamental de la esfera pública. En los medios *se hace*, y no sólo *se dice*, la política (JMB, 1997a:24).

Es necesario acotar que paralelamente a los cambios que dentro del contexto del mundo global y mediatizado ha experimentado la política, en el campo de su análisis teórico y aun en el de su práctica social, las maneras de concebirla y abordarla han experimentado también distintas transformaciones. Por un lado y como respuesta a la esquemática concepción tradicional e instrumental de "la política" (aquella concepción que asume mecánicamente a la política como una mera cuestión de *lucha por el poder o la toma del Estado*; concepción que durante décadas guió —y sigue guiando!— en América Latina la acción de muchos de los políticos, los partidos —de derecha e izquierda—, los ejércitos —de represión o libera-

ción— y los movimientos —conservadores o insurgentes); tras los múltiples cambios de escenario que ha producido la globalización, pero también como resultado de las aleccionadoras experiencias que en nuestro subcontinente se vivieron durante los años sesenta y setenta, la concepción y percepción sobre lo que "la política" *es e implica*, ha variado enormemente. Y antes de hablar de esos cambios y variaciones, hay que dejar muy claro que éstos y éstas, en lo fundamental, no se deben ni a la "sagacidad" de los políticos ni a la "clarividente inteligencia" de los intelectuales, sino ante todo, se deben a la *crisis* en la que por su incapacidad y torpeza, entró la

*concepción instrumental de la política*³, cuando las dinámicas mismas de la vida social, en su *movimiento desbordante* la rebasaron hasta hacerla estallar por insostenible.

Como en algún momento el investigador ibérico-colombiano lo dijo: el necesario cambio de concepción y la emergencia del nuevo enfoque



*todo lo posible con sus acciones y pensamientos como los
hacerlos todos los días desde/pasando y dando fuerza a los
sentidos. Tal vez sea posible después de una manera muy
efectiva por la propia acción hacia la vida de la vida.*
ahh

83

³ Concepción instrumental que en su énfasis por la toma del poder, se caracteriza por la distancia que toma respecto de la vida cotidiana, por su separación de ella.

se presentó, no cabe duda, porque desde los movimientos sociales, la aparición de nuevos actores y demandas, *lo político*⁴ (por su caliente, veloz y caótica vitalidad social) desbordó a *la política*⁵ (por su lenta, sorda y congelante formalidad institucional). Un *desborde de la política* que en nuestra región, se dio, al menos, de dos maneras:

- 1) El primero, por el desencuentro de lenguajes que (durante los setenta) se dio entre los a veces dogmáticos movimientos de izquierda, y las exigencias y demandas *reales* de la gente: desencuentro "entre los que escriben y los que leen"; desencuentro "de lo que se quiere decir y de lo que se puede decir"; desencuentro "entre lucha política y vida cotidiana [...] [Con él] toda una concepción purista e instrumental de la política y del lenguaje hizo [...] crisis" (JMB, 1990c:113). Se trató, hay que decirlo, del inesperado desencuentro entre la preconcebida teoría política y la siempre densa y compleja realidad social. Desencuentro con el que se incubó "la crisis de una concepción de la política como espacio separado, separado de la vida y de la cultura, convertida en oficio desafectado, un espacio sin sujetos" (JMB, 1987:16). Porque aunque las más de las veces su propósito fuera éticamente justo y comprensible, más que escuchar y responder a las demandas simbólicas y reales de la gente, muchas de las organizaciones y movimientos de la izquierda latinoamericana que actuaron bajo la concepción instrumental/mecánica de la política, lo que realmente buscaron (en nombre de la libertad, el socialismo, el pue-

blo, la verdad o algún dios) fue *aplicar* —y a veces imponer— apriorísticamente y sin mediaciones, sus fórmulas y sus recetas liberadoras. Ahí están como ejemplo algunas de las luchas de la izquierda latinoamericana de los años sesenta y setenta: algunos movimientos (como el cubano, contradictoriamente) y partidos (como el de Allende, por poco tiempo en Chile) triunfaron, pero la mayoría no, porque la mayoría fracasó. Y las razones de ese fracaso y desencuentro, en buena parte se debieron a su monolítica, etnocentrista y ontologizada concepción de los sujetos y las clases (¿cuánto de las personas dejaron fuera de sus luchas por esto?), así como a *los modelos pedagógicos y comunicativos* que coexistían por debajo de su concepción instrumental de la política. Y es que en su afán por llevar y comunicar la "verdad" al pueblo, en su deseo por liberarlo, mucha gente de izquierda lo que desde su "aristócrata concepción" terminó haciendo fue secuestrar y mo-

⁴ Para JMB, *lo político* habla de la fuerza de la vida social, de las demandas, los movimientos y los actores sociales reales. Habla de las dimensiones vitales de las luchas y las exigencias. Habla de la cotidiana trama de relaciones de fuerza. Habla de los sujetos en sus distintos espacios y tiempos.

⁵ Para JMB, *la política* habla de las formas de encausar, organizar, negociar y administrar las fuerzas, las demandas y los movimientos políticos. Habla de los partidos, las asociaciones, las agendas, los voceros, los líderes, las instituciones, las campañas, etcétera.



nopolizar "la verdad" hasta inmovilizarse con ella.

- 2) Y el segundo, en la superación por parte de los nuevos movimientos populares urbanos, de las formas, las propuestas, las instancias y las metas políticas "institucionales". Una superación y desborde de la política tradicional que lo que hizo emerger fue el valor político de lo cultural y lo cotidiano. ¿Cómo se dio esto? Todo inició con la emergencia en la ciudad de los movimientos barriales, aquellos movimientos que aumentaron con la fuerte inmigración rural a las ciudades en latinoamérica durante los setenta. Movimiento a través de los cuales la gente de los nuevos asentamientos urbanos (colonias pobres, cinturones de miseria y ciudades perdidas)

comenzó a luchar desde el ámbito de lo cotidiano por los servicios de agua o energía eléctrica, de vivienda, de salud o transporte. Luchas, que para JMB:

hablan de cómo en los movimientos populares lo político desborda la política, o al menos enancha de tal modo su esfera que la vuelve irreconocible para los especialistas. [Pues ahí] la



inserción de la lucha en los ámbitos de la vida cotidiana no es camuflaje táctico ni inseguridad política sino la apertura a una socialidad nueva, más ancha y menos dividida. Es lo que afirman los mestizajes que hoy nutren la cultura urbana (JMB, 1990c: 113).

Mestizajes y movimientos a través de los cuales los sujetos, desafiando las tradicionales y cuadradas formas de hacer política en la izquierda o en el gobierno, *introdujeron a su lucha (por vía de lo cotidiano) la espesura de solidaridades y costumbres que venían de su mundo —familiares, vecinales, regionales, étnicas y religiosas— y que desembocan en la construcción de una nueva identidad cultural y una nueva cultura política* tras las cuales se dio un redescubrimiento de lo popular y una valoración de "la dimensión política que se vive a través de las modulaciones de lo cultural y de las modulaciones de la vivencia".

Como sea, lo importante a señalar es que en ambos casos la política ejercida desde la izquierda o desde el gobierno, fue *desbordada por su incapacidad para establecer mediaciones con los actores y sus demandas*. Una incapacidad que junto a los virajes teóricos que se dieron tras la llamada "crisis de paradigmas", la recuperación del concepto gramsciano de "hegemonía" y el redescubrimiento de lo popular, luego de haber puesto en crisis la concepción instrumental y mecánica de la política, *lo único que sacó a flote fue la necesidad de incorporar a una nueva concepción las cuestiones de la cultura y la cotidianidad, las cuestiones de la diversidad de modos de lucha y resistencia, las cuestiones sobre los distintos niveles de conciencia, las contradicciones, las complejidades y las tensiones entre los sujetos y los grupos*. De ahí que

frente a las propuestas que orientaron el pensamiento y la acción de las izquierdas hasta mediados de los años setenta —organización excluyente del proletariado, la política como totalización,

la denuncia de la trampa parlamentaria burguesa—, en los [ochenta se abrió] camino otro proyecto ligado estrechamente al redescubrimiento de lo popular, al nuevo sentido que esa noción cobra hoy: revalorización de las articulaciones y mediaciones de la sociedad civil, sentido social de los conflictos más allá de su formulación y sintetización política y reconocimiento de experiencias colectivas no encuadradas en formas partidarias [...] (JMB, 1987:226).

Ahora que como parte de ese desenmascaramiento, junto al descubrimiento de *la envergadura política de la cultura* (luego de haber asumido que *la política es hecha con la vida y por la vida y que no sólo es una macro lucha por el poder del Estado*), otro de los importantes cambios que experimenta la “concepción de la política” tras la emergencia de un nuevo enfoque, fue precisamente la relación explícita que se hizo entre la *política y la vida cotidiana*. La cual para Martín Barbero implica ante todo:

reconocer con honestidad la idea tan estrecha que la izquierda ha tenido de lo político, de lo que cabía en lo político y descubrir entonces que la política no pasa solamente por la fábrica sino también por la casa, no sólo por la conciencia sino también por el sexo [...] Necesitamos pensar la vida cotidiana articulada a la solidaridad y a las diferentes formas en que aparece como la amistad, el amor, descubriendo ahí la continuidad secreta y desmitificadora de lo macro [...] Es la cotidianidad como explosión, estallido y desmitificación de la política (JMB, 1989a:205).

Así, se puede decir que con “una sensibilidad política nueva, no instrumental ni finalista, abierta tanto a la institucionalidad como a la cotidianidad, a la subjetivación de los actores sociales y a la multiplicidad de solidaridades que operan simultáneamente en nuestra sociedad” (JMB, 1987:204), se ha abierto paso poco a poco en Amé-

rica Latina un nuevo enfoque y discurso de la política *que busca diferenciar los diversos conflictos sin separarlos, que intenta pensarlos juntos sin confundirlos*.

LA LUCHA POR LA
DEMOCRACIA EN
AMÉRICA LATINA:
EMERGENCIA DE
UN NUEVO
ENFOQUE

Inmanentes y adyacentes a los cambios que ha experimentado la política, *la lucha por la democracia* (la forma de practicarla, el enfoque teórico y la percepción política que se tenía de esta misma), tras la gestación de la globalización y más que nunca con lo que han posibilitado y generado las redes electrónicas, ha sufrido también notables cambios y modificaciones. Y es que de la misma manera que la política, la lucha por la democracia ya no ha podido ser la misma después de las transformaciones socioculturales y económicas que han llegado con el espacio-mundo global, ni tampoco después de las recomposiciones y acomodos por los que han pasado los proyectos políticos y sociales latinoamericanos luego de los análisis de las experiencias políticas vividas por la izquierda durante los sesenta, setenta y parte de los ochenta. Es evidente que las distintas luchas por la democracia en nuestro subcontinente no han podido





90

tener el mismo peso ni han podido seguir siendo la mismas después de los resultados de la Revolución Cubana, los movimientos militares y guerrilleros, los movimientos estudiantiles y feministas de los sesenta, ni tampoco después de las luchas y exigencias de los movimientos populares-urbanos, los ecologistas o los no heterosexuales; como tampoco han podido seguir buscando lo mismo después de las exigencias de las minorías étnicas y religiosas, o después de las demandas de los jóvenes, los niños, los ancianos, los minusválidos, los consumidores, los pacifistas o los defensores de los derechos humanos, y mucho menos después de las luchas por la reivindicación y respeto de lo local o las múltiples batallas que (desde lo cotidiano) se han desplegado en pro de la autonomía y la diferencia cultural y sexual.

Al respecto, cabe decir que para JMB la actual re-valoración y el nacimiento teórico de muchos de los cambios de enfoque experimentados en las luchas por la democracia, parten del descubrimiento y posterior concientización, frente aquello que dentro de muchos movimientos se encontró, *la base de la concepción instrumental que de la democracia han tenido las izquierdas* y en cuyo fondo se encontró una visión

substancialista de los sujetos sociales y una visión puramente reproductiva de los procesos de comunicación. Entidades que reposan sobre sí mismas (las clases) o en las que lo representable se hallaba definido antes y por fuera del ejercicio de la representación (los partidos), la política [...] [en esa concepción instrumental] acababa siendo un juego truncado y un espacio improductivo (JMB, 1992b:21).

Y claro, acabó siendo eso porque dentro de la izquierda (y por su esquematismo) durante mucho tiempo el "pensamiento crítico" se mantuvo siempre

más preocupado por la destrucción o la toma del Estado que por la transformación de la sociedad; más atento al funcionamiento de los aparatos ideológicos que a la dinámica de los actores sociales; con más herramientas para explicar la lógica de la reproducción del sistema que para comprender la significación de las contradicciones de los movimientos sociales y la creación cultural (JMB, 1992b:15).

91

Sin embargo y aun por encima de las pretensiones de la izquierda, por fuera de su mecánico y estrecho campo de visión la incontenible emergencia de nuevos movimientos, actores y demandas se encargó de ir minando poco a poco tanto la concepción instrumental que ahí se tenía de la democracia, como la concepción *substancialista* que de los sujetos a sus enfoques políticos subyacía.

Una de las experiencias que por su contundencia hicieron estallar estas concepciones de la izquierda, fue lo que se reveló durante las dictaduras en el Cono Sur. Y es que luego de que éstas *rompieron las reglas mínimas de la convivencia democrática y luego de que estrangulaban la libertad y los derechos ciudadanos, censurando, destruyendo, amordazando los medios hasta convertirlos en mera caja de*

resonancia a la voz del amo; lo que desde la actividad de los ciudadanos como respuesta a la represión emergió y se aclaró, fue su capacidad para luchar y comunicarse solidariamente recurriendo a los canales subalternos y a las prácticas comunicativas cotidianas, así como la importancia y el peso político que en sus luchas le dieron a lo cultural. Pues fue desde allí, desde la cultura y lo simbólico — desde la identidad, la memoria, el rock, la religión, las costumbres —, que la gente bajo las dictaduras pudo desde lo cotidiano mantener la esperanza y el sentido de su vida. Aleccionadora experiencia que además de exigir una valoración de lo comunicativo y lo cultural, y además de alentar un redescubrimiento de lo popular en tanto espacio ambiguo de confrontación, lo que hizo ver fue la urgente necesidad de una crítica profunda a la concepción “esencialista” que la izquierda tenía de los sujetos, pues esa concepción era un obstáculo que impedía “pensar lo que hay de producción en la política y de especificidad en las batallas que se libran en el terreno de lo simbólico” (JMB, 1989b:142).

Aparte de las luchas contra el centralismo y los movimientos de reivindicación de lo regional que se desencadenaron con la crisis de lo nacional, otra de las experiencias que para JMB hicieron ver lo estático y anquilosado de la concepción que de la democracia y los sujetos tenía la gente de izquierda, fue lo que sucedió tras la aparición de los “nuevos movimientos populares urbanos”. Como sabemos, se trató de movimientos que reuniendo a la gente en centros y asociaciones vecinales, en su búsqueda por mejorar las condiciones de vida de la gente de los barrios pobres — gente proveniente del aluvión inmigratorio de los sesenta y setenta —, lo que terminaron haciendo (al mezclar sus modos, sus costumbres y su formas de protesta y organización con las estrategias de lucha de la izquierda, luego de haber desbordado por su capacidad de representación y por la fuerza interpelativa de sus demandas, al Estado y a los partidos), fue crear una nueva cultura política que actuando desde los espacios de lo cotidiano, ensanchó sus demandas al incorporar a la

lucha por la mejoría en lo social y lo económico las cuestiones de la cultura y la identidad. Y con eso, a la par que construyeron una nueva forma de tejer lo social, lo que desde sus asociaciones esos movimientos lograron, fue un fortalecimiento de la sociedad civil

a partir del cual se fue reconociendo el surgimiento y el brote de nuevas relaciones y nuevos actores con los cuales, sin duda, se abrió paso a un nuevo proyecto de democracia

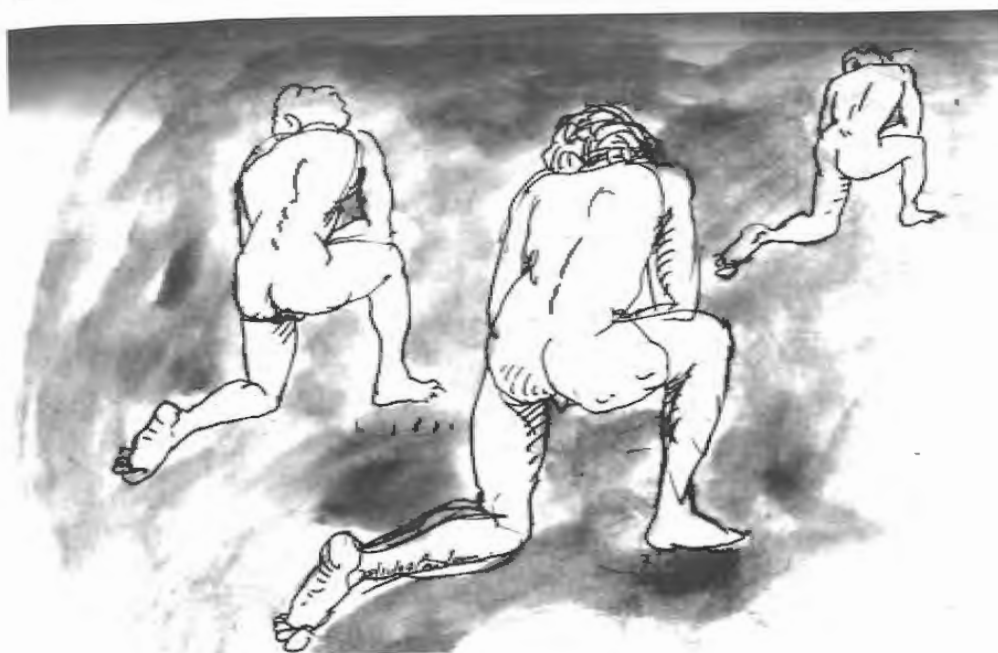
en el que lo que se cuestiona no es la necesidad de los partidos, sino su monopolio de la política y su concepción de una política separada de la vida cotidiana del pueblo y dedicada exclusivamente a la lucha por la toma del Estado o su preservación (JMB, 1987:215).

Por último, otra de las experiencias que más pusieron en crisis la concepción instrumental de la democracia y que con más fuerza impulsaron la emergencia de un nuevo enfoque, fue lo que revelaron e introdujeron los cambios catalizados y producidos por los medios



masivos de comunicación. Pues fue con lo que en términos de mayor circulación de información y ensanchamiento de la esfera pública permitieron y germinaron los enlaces vía satélite, las antenas parabólicas, las redes de cable, las videograbadoras, pero sobre todo con lo que socioculturalmente impulsaron y engendraron la radio, el cine y la televisión; que la práctica y la concepción tradicional de lo que la lucha por la democracia era, tuvo invariablemente que readecuarse y transformarse. Y lo tuvo que hacer, porque después del contradictorio aumento de *oferta cultural* que con las nuevas tecnologías llegó, así como después del desanclaje y la fragmentación del hábitat cultural, las pulsiones por la diferencia y la multiculturalidad que fueron movilizadas por los medios de comunicación; las formas de juntarse, las maneras de reconocerse y los modos de construir el tejido social e imaginar la convivencia, ya no fueron las mismas. La formación de nuevas comunidades, la multiplicidad de referentes culturales, de exigencias y actores que llega-

94



ron con la mundialización de la cultura posibilitada por los medios, así como los cambios que estos mismos produjeron en la sensibilidad de la gente y en las formas de la socialidad, además de que *hicieron ver el valor político de lo cultural y lo comunicativo, hicieron ver la necesidad de cambiar de enfoque y romper con la concepción instrumental de la lucha por la democracia*. De tal manera que junto a los añejos problemas de convivencia que desde tiempo atrás venían arrastrando muchos países latinoamericanos por la heterogeneidad cultural y la desigualdad económico-social que ya de por sí ha coexistido dentro de ellos, la mundialización de la cultura activada por los medios y su papel en la conformación de sociedades cada vez más multiétnicas y multiculturales, al traer nuevos problemas y actores vino totalmente a "redefinir" lo que eran estas luchas que hoy más bien deben de ser asumidas en términos de *construcción cotidiana de la convivencia y el orden social*.

Dicho replanteamiento, hay que recordarlo, forma parte de una renovada preocupación por la democracia en América Latina, que como JMB dice:

95

viene a producirse en un momento dominado por la envergadura sociocultural de los cambios tecnológicos, la radicalidad de la crisis económica que en nuestros países acarrea la deuda externa, la desestructuración política del mundo socialista y la crisis de identidad ideológica y ética de las democracias occidentales en las que parecería desdibujarse aceleradamente el horizonte de la emancipación (JMB, 1992b:13).

Situación contextual de finales de los ochenta, donde la emergencia del *pluralismo cultural* (cuya aparición se debe al proceso de globalización y secularización de la modernidad, pero también a los cambios de socialidad y al descentramiento de las fuentes de producción cultural que han generado los medios), por ser uno de los problemas más acuciantes de las sociedades de final de milenio, se

convirtió en uno de los problemas que más incidió en el rompimiento y posterior transformación del enfoque instrumental de la democracia. Y es que la internacionalización de los mundos simbólicos, la crisis de los macro/símbolos integradores, la débil cohesión social, "la crisis de fe" en el futuro y la momentánea confusión

sobre el supuesto quiebre de las utopías tras el comentado derrumbe del bloque socialista; aunadas todas, a los problemas de convivencia por la ya de por sí heterogénea riqueza cultural de muchos de nuestros países, lo que pusieron como un reto y desafío a las nuevas luchas por la democracia, ya no fue la búsqueda a largo plazo de la "sociedad perfecta" sino la preocupación por el cómo *sentar cotidianamente aquí y ahora* las bases para construir la convivencia dentro de sociedades con una fuerte pluralidad cultural. Así explicó JMB en su momento el énfasis y la preocupación de mucha gente (escéptica y *desencantada*) por la construcción cotidiana de un orden democrático:

Puesto que ya no se cree en los grandes ideales y ante la pérdida de valor de los símbolos integradores de la sociedad lo único que nos quedaría es lo inmediato: lo presente y lo cercano. No es que se haya perdido la conciencia de que las cosas andan mal, de la falta de sentido de justicia, sino del hundimiento de los proyec-

tos y las utopías que orientaban los cambios. Y al no saber que hacer, la gente se plantea como horizonte convivir lo mejor posible con los de a lado, con los que siente cercanos [...] [porque] lo que se busca es un mínimo de calor en unas ciudades cada vez más frías, más abstractas, construir pequeños islotes de relación cálida donde se puedan compartir gustos, gestos, miedos (JMB, 1991b:12).



Cosa extraña el que el *desencanto* y la *falta de fe en los grandes ideales*, en el futuro y en los macro/símbolos haya desembocado en una complicada valoración de la democracia, esto es, en una preocupación por la construcción de la convivencia democrática dentro de una sociedad plural y en una valoración⁶ por lo cultural. Cosa extraña y contradictoria que sin duda forma parte de la coyuntura histórica en la que se da el derrumbe del socialismo y con ella una crisis y reacomodo que desde las izquierdas políticas e intelectuales modificó muchas de las concepciones que se tenían sobre las luchas y los movimientos sociales de nuestra época. ¿Consecuencia? *Una idea nueva de democracia se abrió camino en América Latina.*

⁶ Para JMB, a partir de esta valoración por lo cultural "tomar en serio la democracia va significar asumir a fondo la trama cultural y comunicativa de la política". O sea, implica entender que la productividad social de la política no es separable de las batallas que se libran en el terreno simbólico, pues la política lo que pone en juego es el sentido de lo social, así como entender que el carácter participativo de la democracia se halla cada día más ligado a los modos en que se produce la comunicación.





No sólo como reacción a lo vivido en el tiempo de las dictaduras, sino como cambio en la comprensión misma de la sociedad; reconocimiento del sentido social de los conflictos por encima de su reformulación y sintetización políticas, revalorización de las mediaciones y articulaciones de la sociedad civil, afirmación de la expansión colectivas al margen de las formas partidarias. De la sospecha con la que despectivamente fuera tachada de burguesa y formal, la democracia pasa a constituirse en condición preliminar a la solución de los problemas tanto en el ámbito de lo económico como de los derechos humanos. Pero ese reconocimiento y esa revalorización se ven acompañadas de un *profundo desencanto*, [como dice Lechner, de un *enfriamiento de la política*], que, especialmente en las izquierdas, expresa el surgimiento de una nueva sensibilidad marcada por el abandono de las totalizaciones ideológicas, la desacralización de las ideas políticas, la desacralización de los principios políticos y la resignificación de la utopía en términos de la *negociación* como forma de construcción colectiva del orden (JMB, 1992b:16).

En otras palabras, con la cuestión de la pluralidad "la democracia [pasó a ser] ya no [un] mero asunto de mayorías, si no ante todo de articulación de diversidades; una cuestión no tanto de cantidad, sino de complejidad y pluralidad" (JMB, 1987:216). O sea, pasó a ser algo más que una cuestión de votos y elecciones, convirtiéndose ante todo en el problema de la justa convivencia en unas *ciudades* donde hablar de mayorías ya no implica "necesariamente desconocimiento de las minorías".

ACLARACIONES Y COMENTARIOS SOBRE ALGUNAS CUESTIONES DE FONDO

Una vez que ya vimos el contexto y las razones de los cambios de enfoque que han experimentado la política y la lucha por la democracia, cabe preguntarse: ¿qué tienen que ver la comunicación y la cultura con la política y la lucha por la democracia en nuestros países?, ¿qué tienen que ver los medios —como fenómeno antropológico y comercial— con lo político y lo democrático?, ¿qué de la política y la democracia (en tanto elemento fundamental de transformación de la sociedad) se juega en los procesos de comunicación/cultura?, ¿cómo luchar desde ahí por la democracia cuando aparentemente se vive un vacío de sentido y un desgaste de los horizontes de emancipación?, o ¿cuál es el lugar de la dimensión de lo comunicativo/cultural en la convivencia social en una América Latina económicamente pobre pero culturalmente rica, heterogénea y plural, que desea y anhela la democracia, la libertad, la justicia y la dignidad? y sobre todo: ¿qué se puede hacer desde lo comunicativo/cultural y lo político para enfrentar la tendencia a la fragmentación y la erosión del tejido colectivo?, ¿cuál es la importancia de las políticas culturales en esta situación? y ¿cuál es su incidencia en la conformación de una convivencia justa, digna, plural y democrática?

Sin embargo, para responder a estas interrogantes; para intentar explicar dicha influencia y relación de los procesos de comunicación/cultura con la política y la democracia, y para entender a la

luz de los nuevos problemas por qué es que para JMB la adecuada comprensión y valoración de los medios y los procesos de comunicación en latinoamérica son claves en la política y en la lucha por la democracia, es necesario que primero *esclarezcamos algunas cuestiones de fondo*: cuestiones todas ellas fuertemente mezcladas y entrelazadas, como "la naturaleza comunicativa de la cultura, la trama cultural y comunicativa de la política, la implicación política y cultural de los procesos comunicativos y el trasfondo cultural y comunicativo de la democracia".

LA NATURALEZA COMUNICATIVA Y POLÍTICA DE LA CULTURA

Sin olvidar que la Antropología más ortodoxa tiende a denominar cultura como "los rasgos" que marcan la diferencia de un grupo respecto a otro y que la Sociología por su parte, define la cultura de un grupo no sólo como aquello que el grupo produce, sino también como aquello de lo que el grupo se alimenta (esto es, aquello que el grupo adopta y asimila y lo convierte en algo *propio*). Aquí, siguiendo al investigador ibérico-colombiano, partimos de que la cultura es la dimensión desde la cual los sujetos y las comunidades *configuran el sentido⁷ de su vida*. De tal modo que sí a partir de ahí vemos y aceptamos una definición

y concepción amplia de la cultura que la vea a ésta no como ideología (concepción reproductivista) sino como *experiencia vital* (no únicamente sentida en los espacios lúdicos del



⁷ Un sentido que abarca tanto la visión que estos sujetos o estas comunidades tienen del mundo, como sus formas de mirarse e imaginarse, sus formas de recordar, celebrar y juntarse, sus maneras de reconocerse e identificarse, sus modos de sentir, de percibir, amar, cocinar, aprender, convivir, etcétera.



ocio sino en el trabajo y otras áreas de lo cotidiano); una concepción que la entienda como conjunto de *saberes y sentires* compartidos que esbozando un horizonte simbólico/perceptivo ayudan a organizar la vida de todos los días; que la perciba como *actividad de apropiación material y significativa*, como ámbito de *producción simbólica* (que lo mismo abarca lo moral que lo estético) y finalmente, como *sentido de la vida* más que como dimensión omniabarcante de lo humano (o como una mera cuestión de conciencias falsas, obras artísticas u objetos folklórico/turísticos); de inmediato nos

daremos cuenta porque para JMB, *en y a través* de la cultura (en la medida en que a través de ella se dan *relaciones* intersubjetivas, discursivo/simbólicas, históricas y políticas entre sujetos y comunidades enteras) cruzan y confluyen la comunicación y la política. Y es que para este investigador en la medida en que la cultura ha sido históricamente para el ser humano, la dimensión desde la cual le ha dado *sentido⁸* a su propia vida y le ha dado *significado* al orden y desorden del mundo, y en la medida en que a lo largo de la historia humana *la cultura se ha construido siempre cotidianamente en compañía de otros* (es decir, por el aprendizaje y la enseñanza, el con-

⁸ Un *sentido*, por supuesto, que lo mismo involucra mitos y utopías, memoria e imaginación, saberes que sentires, formas que contenidos.

tacto e intercambio conflictivo o no, *con otros*); en esa misma medida para JMB la cultura (a través de encuentros intersubjetivos de convivencia o conflicto) *involucra* doblemente procesos de comunicación y procesos políticos. Sí, *de comunicación*, porque la cultura involucra procesos de intercambio y contacto, de mestizaje y resistencia, de diálogo y aprendizaje. Y *de política*, porque la cultura implica negociaciones, relaciones o luchas de poder y dominación, de integración o exclusión, de diferenciación u homogenización. Relaciones todas entre sujetos y grupos sociales que se presentan como luchas y negociaciones por la instauración y la construcción hegemónica del sentido a partir del orden sociopolítico dominante.

En este sentido, del lado de *la naturaleza comunicativa de la cultura*, dos de las razones que han llevado al autor a indicar lo arriba mencionado, son:

1. La certidumbre de que la cultura por ser una cuestión de sujetos *productores* de significación social, necesariamente implica en su

102



dinámica a la comunicación, sobre todo porque *no se puede hablar de cultura sin intercambio y relación* (cordial o en pugna) *con otros*, y no hay intercambio y relación socio/cultural que no pase por algún proceso comunicativo.

2. Y la convicción de que la cultura, en cuanto a producción y reproducción simbólica, al involucrar procesos y *medios* de comunicación y distintas formas de expresión (de lo oral a lo escrito, de la mímica a lo pictográfico, de la radio a la televisión o la computadora), no sólo *pasa* por estos procesos y medios como si fuesen un mero instrumento de propagación o difusión, sino que al hacerlo, la misma cultura es trastocada en sus formas y contenidos por ellos.

Por su parte, en lo que se refiere a lo que podemos denominar *la naturaleza política de la cultura*⁹, se podría decir que son dos las razones que llevaron a JMB a señalarla:

1. La primera es el convencimiento de que al ser la cultura una *dimensión significativa, una instancia configuradora de sentido* y una dinámica que surge, se construye, se despliega y desarrolla por vía de la comunicación y *en relación con otros*, ésta (la cultura como ámbito de lo humano) involucra necesariamente *relaciones sociales, políticas e históricas* de fuerza, de poder, de dominación, de intercambio, de imposición, de negociación, de lucha y de resistencia entre distintos sujetos o comunidades. *Relaciones políticas a través de la cultura*, casi todas que se dan de manera negociadora y contradictoria a través de la hegemonía y los mestizajes, cuando

⁹ Hay que aclarar que la noción de "naturaleza política de la cultura" (que el autor jamás explícitamente utiliza en ninguna de sus obras), es una noción que (luego de ejercer el *hermenéutico* derecho a realizar nuestra propia lectura de sus textos) nosotros aquí *acuñamos* para explicar y comprender mejor sus sospechas e ideas sobre la relación de la comunicación/cultura con la política. Aunque también hay que decir que dicha noción, creemos, es algo importante que se halla latente y por debajo de las intuiciones y múltiples reflexiones y sugerencias que el autor ha hecho sobre el tema.

103



no de forma cruel y conflictiva con el exterminio, la exclusión o el ghetto. Y todo a causa del papel y lugar estratégico que la cultura ocupa, pues aunque evidentemente no es la única instancia que determina lo social ni la única que resume la sociedad entera, si es el amplísimo y decisivo lugar dónde se produce y reproduce el *sentido* de las comunidades y los sujetos que las componen.

2. La otra razón que ayuda a JMB a ubicar *la naturaleza política de la cultura*, es que al ser esta última un ámbito que se construye en *relación* (siempre política) con otros, *se vuelve políticamente un*

espacio clave para el re-conocimiento del otro, de los otros; un espacio clave para la legitimación y reconocimiento de otros sentidos de la vida, la de los distintos, los diferentes. Clave para el respeto, tolerancia y valoración ante sus similitudes o diferencias; clave para la legítima defensa de sus derechos; clave para la atención y comprensión de sus interpelaciones, requerimientos y exigencias, de sus aspiraciones y necesidades. Porque es histórico/políticamente *a través de la cultura* (a través de lo que desde ahí cotidianamente se aprende y enseña a valorar o despreciar, a mantener o a rechazar), que se construyen y conciben los modos, los criterios y los mecanismos sociales de reconocimiento. Un *reconocimiento social* que evidentemente *es cuestión de política*, de *cultura política*, de formas de tejer las relaciones sociales y convivir; de modos de interpelación, de maneras de organizarse, representar, dirimir y

luchar, y no sólo de cultura. Y lo es porque uno de los pilares sobre los que se edifica el reconocimiento es la diferencia, o mejor dicho, la ubicación de diferencias. Y las diferencias culturales (pero también las raciales o las económicas) a lo largo de la historia siempre han sido un elemento que ha ido de la mano de *problemas políticos*¹⁰ producidos por las relaciones sociales de poder y dominación. Como lo muestra el hecho de que en muchas ocasiones en nombre de ella, en nombre de la *diferencia* cultural convertida en pretexto para legitimar la desigualdad¹¹ socioeconómica reinante, se han permitido y justificado la pobreza, la violencia, el aislamiento, la exclusión, el olvido y muchas veces la muerte y el exterminio de los *culturalmente distintos*.

LA TRAMA CULTURAL Y COMUNICATIVA DE LA POLÍTICA

Otra de las *cuestiones de fondo* que pueden ayudarnos a comprender la relación que JMB señala entre comunicación/cultura, política y democracia, es *la trama cultural y comunicativa* que según este autor, subyace a la política de nuestros días. Y es que si se tiene en cuenta que JMB

¹⁰ Esta relación entre lo cultural y lo político que toma cuerpo en la diferencia cultural como pretexto de la exclusión económica o política, nos enseña que la lucha contra la injusticia económica también lo es por la exclusión cultural, nos enseña que el respeto y aceptación de la diferencia y la diversidad cultural es un espacio necesario de *profundización de la democracia*.

¹¹ Hacer énfasis entre *la relación existente entre diferencia cultural y desigualdad social y económica* en latinoamérica, es una de las cosas más interesantes y aleccionadoras de las reflexiones de JMB. Con ella lo que el autor ha señalado es que vivimos en unas sociedades donde cada diferencia han sido un pretexto para dominar, donde las diferencias tienen una carga de exclusión social; esto es, que vivimos en sociedades que han hecho de las diferencias culturales motivos para legitimar la exclusión, la segregación y la división social. De ahí entonces que el investigador haya propuesto que para salir de la nefasta costumbre de relacionar y justificar la diferencia cultural y la desigualdad social, lo primero que todo comunicador debe hacer es ubicarla, explicitarla y denunciarla, sin por ello tener necesariamente que reducir la diferencia cultural a división social.

concibe a la *política* "como el juego de la constitución de los actores políticos, [...] un juego de interpelaciones, de constitución de sujetos"; como el ámbito de la *negociación y la construcción cotidiana y colectiva de un orden* y como la esfera de acción social desde la cual (una vez recogidos y representados los diversos requerimientos e intereses de los distintos sectores y actores sociales) se debería buscar *concretar* plena y democráticamente las aspiraciones y el *sentido* de una sociedad; se comprenderá muy bien porque *ésta se haya irremediablemente cruzada y determinada por procesos que involucran tanto a la comunicación como a la cultura*: esos dos ámbitos que conforman y que tejen, querámoslo o no, la *trama* (la red y la urdimbre) de la política en nuestro tiempo.

Específicamente, en lo que concierne a lo que se puede denominar *la trama comunicativa de la política*, se puede decir que para intelectual ibérico-colombiano dicha trama se presenta por las siguientes tres razones:

106

1. Porque la política (en la medida en que se proyecta, se organiza, se efectúa y se construye cotidianamente en *relación* con otros) necesariamente involucra procesos comunicativos para exponer y recoger propuestas, opiniones y demandas, para brindar y exigir reconocimiento a los sujetos y a sus problemas, para atender y contestar sus diversas interpelaciones. O sea, porque involucra procesos comunicativos para dialogar, negociar, dirimir, legitimar o encontrarse con los diversos actores políticos (piénsese por ejemplo, en las campañas políticas modernas y su dependencia casi total de los medios masivos y su discurso); procesos que lo que nos enseñan es que *la comunicación nunca es externa a los procesos políticos sino parte de ellos, pues en las sociedades políticamente los sujetos se hacen en la trama simbólica de las interpelaciones y los reconocimientos*.
2. Porque la política, en la medida en que se *teje y confecciona* (y no sólo *pasa*) a partir de procesos comunicativos, queda en su discurso y en su práctica marcada y trasformada por ellos. Piénsese por ejemplo en los cambios que al ejercicio de la política ha in-

roducido la televisión y su discurso espectacular, fragmentario, instantáneo, privatizado y fluido.

3. Y porque debido a la actual dependencia de la política, tanto de los procesos como de los medios masivos de comunicación, y dado que "en los procesos de comunicación se tejen hoy redes de construcción de sentido que afectan a la constitución misma de la representación de lo social y por tanto de reconstrucción de la cultura política¹²", están transformando, más de luchar, organizarse y una mutua interdependencia, tra es lo que la política tiene



Ahora, en lo que concierne a la trama cultural de la política, hay que indicar que las razones que han llevado a JMB a ubicar esto, son:

¹² La comunicación como asunto de fines, esto es, como asunto de cultura política, de modos de juntarse, interpelarse y reconocerse.

- La idea de que la política, en la medida en que es un juego de interpelaciones y de constitución de los sujetos (simbólicos e históricos) en actores políticos (individuales y colectivos), es un juego que implica una trama simbólica de "re-conocimientos" que siempre pasan por la cultura.
- La convicción de que la política, en la medida en que es la esfera a través de la cual debe construirse cotidianamente el orden social y desde el cual se debe luchar por concretar las aspiraciones y el sentido de una sociedad, implica por fuerza relaciones históricas y de poder entre sujetos cultural y económicamente distintos; sujetos a los cuales (como parte de una cultura política) hay que reconocer y con los cuales hay que aprender a dialogar y negociar para construir una convivencia social justa y democrática.
- La certeza de que la política, en la medida en que es la asunción, la lucha y el esfuerzo social por concretar los objetivos y el sentido

108



de una sociedad (un sentido social de raíz simbólico/cultural), siempre inevitablemente pone en juego e involucra a la cultura, pues es a través de su irremediable intervención en la cultura y de su relación con la comunicación, que la política influye en la producción del sentido de una sociedad.

- La idea de que la política, en la medida que se teje con procesos comunicativos de significación social (a través de una lengua, unos medios y con determinados contenidos y objetivos), por hacerlo involucra de alguna manera aspectos simbólico/culturales.¹³
- Y la última razón que ha llevado al autor a considerar la trama cultural de la política, es la reciente valoración que dentro de algunas instituciones políticas (ONG, partidos, etc.), se ha dado a las modulaciones de lo cultural y lo cotidiano. Valoración y acento de la política en lo cultural, que como ya vimos se incrementó tras la crisis institucional de representación y la crisis de los modos acostumbrados de organizar el consenso y dirimir los conflictos. Crisis que por su excesivo formalismo, esquematismo y por su falta de capacidad, sufrieron las tradicionales organizaciones y partidos políticos que al contrario de lo hecho por los medios, no pudieron representar la multiplicidad y la heterogeneidad cultural, ni pudieron recoger y enarbolar las demandas y exigencias de los nuevos actores y movimientos sociales que con el desborde de lo nacional y la transnacionalización fueron apareciendo.

109

LA IMPLICACIÓN POLÍTICA Y CULTURAL DE LOS PROCESOS COMUNICATIVOS

Siendo parte de lo que aquí se ha manejado como las cuestiones de

¹³ A propósito de este doble involucramiento de la política y la cultura y la comunicación con la cultura, a JMB le parece que "es en el cruce de esas dos líneas de renovación -la que viene de inscribir la cuestión cultural al interior de lo político y la comunicación en la cultura- donde aparece en todo su espesor el desafío que representa la industria cultural" (JMB, 1987:228).

fondo, la implicación política y cultural de los procesos comunicativos es otra de las importantes dimensiones cuya breve revisión y repaso nos ayudará a comprender mejor la relación entre lo procesos de comunicación/cultura con la política y la democracia. Por ello, lo primero que tenemos que recordar es que para JMB los procesos sociales de comunicación (por las múltiples mediaciones que establecen, por los cambios tecnoperceptivos que movilizan, por la *espesura política* de lo que por ellos atraviesa y por todo lo que simbólicamente ponen en juego), están inmersos y forman parte de las dinámicas que engloba la cultura. Unas dinámicas culturales que como sabemos, por anclarse en las dimensiones de la vida cotidiana *son mucho más anchas* que esos mismos procesos y los medios a través de lo cuales se activan; además que son el espacio desde el cual estos procesos (resignificados y resemantizados por los sujetos) reciben su sentido. De la misma forma y específicamente en cuanto a las industrias culturales o los medios masivos se refiere, ya hemos visto que para el pensador ibérico-colombiano, históricamente los medios y su discurso como elementos fundamentales de la construcción permanente de la hegemonía, han sido y están contradictoriamente edificados a partir de la mezcla de las demandas sociales y las dinámicas culturales en su nexo ambiguo con las lógicas del mercado y las mediaciones que desde ahí los productos masivos han establecido en su apego a unos formatos y a unos géneros; en sus fidelidades a una memoria y la oblicua emergencia de nuevos modos de percibir, de narrar, de ver y de tocar, que su despliegue discursivo y tecnológico ha generado. Así mismo, hemos visto que además de ser un *espacio de punta de la industrialización y la comercialización*, y además de ser un *dispositivo ambiguo y desactivador*, en tanto elementos de transformación de la sensibilidad (*sensorium*) y las percepciones sociales; en tanto *escenarios de transformación* de la experiencia social y la vida cotidiana; en tanto *organizadores perceptivos* y en tanto *espacios de mestizaje y catalización* de nuevas culturas, problemas y tendencias estructurales de la sociedad; los medios masivos de comunicación se han convertido en un lugar estratégico para las sociedades actuales. Por todo esto, se puede decir junto a JMB que por su lugar y por lo que generan, los

procesos y los medios de comunicación explícitamente tocan e implican (no como contenido sino como entramado de su densidad), tanto a la política como a la cultura. Recordemos por qué:

- Porque como sitios de producción y reproducción simbólica; como espacios de configuración de sentido (de lo que se aspira, se espera y se sueña); como espacios de construcción y expresión de las identidades (de aquello en lo que nos reconocemos, aquello que somos y deseamos ser); como espacios de proyección y producción de los viejos y nuevos imaginarios colectivos; como sitios ambiguos de mantenimiento y desactivación de memorias y matrices culturales; como espacios donde masivamente se ofrecen las nuevas pautas culturales y los estilos de vida; y como escenarios de la transformación de los modos de percibir lo social o los modos de sentir, amar u odiar lo propio y lo ajeno; los procesos y los medios de comunicación están ineludiblemente relacionados con la cultura.
- Y también a la política porque en cuanto escenarios de lo público





no podemos ser de la política en un momento
múltiple en tres: "político" y
"político" y "político"



La política es una cosa que se hace
cuando se quiere por el poder
y por el poder que se tiene.



cuanto espacios donde se pone en juego la cultura (es decir, la producción y reproducción del sentido de lo social, cuya envergadura siempre es política); en cuanto espacios de despolitización; en cuanto espacios de germinación de nuevas formas de participación y ciudadanía, de nuevas culturas políticas, de nuevas formas de interpelarse, juntarse y representarse; en cuanto espacios de despliegue de las demandas y exigencias políticas; en cuanto

y lo político;¹⁴ en cuanto lugares de acción de la política (escenarios desde donde se hace y no sólo se dice la vida política); en cuanto espacios de interpelación política y espacios de negociación de conflictos entre los sujetos; en cuanto espacios del reconocimiento social (de legitimación en las formas y mecanismos de reconocimiento); en

¹⁴ "No político en el sentido de los partidos, por supuesto, [sino político por su] poder social...que acaba siendo poder político" (JMB, 1990d: 13).

espacios de sustitución política (ya que a partir de ahí muchas veces se "resuelven" más problemas políticos que en los parlamentos); y en cuanto espacios de expresión, conformación y consolidación de la democracia (entendida como condición de posibilidad para una convivencia social justa); los procesos y los medios de comunicación evidentemente están relacionados con la política.

Es claro entonces, que por ser los procesos y los medios de comunicación no sólo una cuestión de mensajes, instrumentos y aparatos sino una *cuestión de significados y fines*, una cuestión de *sujetos y actores sociales*, una cuestión de *cultura y de política*; éstos, mientras juegan un papel central en la acción y en la configuración del discurso de la política actual, a la vez que son claves en la confección de las nuevas culturas políticas, representan un desafío y son un sitio de crucial importancia en la cotidiana construcción de la democracia.

EL TRASFONDO CULTURAL Y COMUNICATIVO DE LA DEMOCRACIA

Luego de que ya se ha examinado las implicaciones, las tramas y lo que conforma la naturaleza de la cultura, la política y los procesos comunicativos, la última dimensión, la última cuestión de fondo que nos queda por revisar para terminar de describir la relación que JMB plantea entre la comunicación/cultura, la política y la democracia, es precisamente a esta última. Por ello lo primero que hay que señalar es que para este autor la democracia, más que un simple esquema en sí mismo y un *fin político* o una meta social formal conseguida electoralmente por la coyuntural voluntad (¿tiranía?) de las mayorías, es la *condición preliminar a la solución de los problemas tanto en el ámbito de lo económico como de los derechos humanos*, así como la *base mínima para la transformación social* y para la negociación y construcción colectiva y cotidiana de un orden social justo y plural donde puedan convivir (articulando sus diversidades) y desarrollarse, tanto las mayo-

rías como las minorías (generacionales, sexuales, raciales, culturales, religiosas, ideológicas). Desde luego, si tenemos como base su concepción de democracia, nos daremos cuenta y entenderemos porque para este pensador la comunicación y la cultura son tan importantes en su construcción; sobre todo en un subcontinente tan rico y heterogéneo culturalmente hablando, pero tan frágil en lo político y lo económico como el nuestro.

Más allá del "enfoque libre-empresarial que define la democracia-comunicativa en términos de libertad de expresión", y mucho más allá de un enfoque comunicativo/instrumental de la democracia (un enfoque dentro del cual el problema de la democracia comunicativa es mediacentristamente el problema de la propiedad y la gestión de los aparatos y sus espacio/tiempos), para JMB la democracia de nuestros países en términos de comunicación/cultura *no se mide tanto por la participación electoral contada en número de votos, ni tampoco por la equidad y frecuencia con que aparece la propaganda política en los medios, ni mucho menos se percibe en la mera administración (aun en manos de los buenos) de unas instituciones o en la distribución solidaria de algunos productos. Más bien se mide "por el número y el grado de diferencias de grupos y vivencias sociales diferentes, que en un país son capaces de convivir" (JMB, 1989a:197) y por la forma (el grado) en que la democracia (como cultura política) puede llegar a tocar e irrigar las fibras de lo cotidiano. Y es justamente en este énfasis en la convivencia social entre lo diverso y la construcción cotidiana, negociada y colectiva del orden, donde por debajo de la concepción que JMB tiene de la democracia, aparece con mayor claridad lo que aquí nos interesa revisar: su trasfondo cultural y comunicativo. Mismo que no puede entenderse si antes no se clarifica el campo donde se mueve: el social. Un campo en el que es pertinente distinguir categorialmente entre lo que para JMB (siguiendo a Maffesoli) es la *sociedad* (representada y encarnada por las instituciones, limitadas pero siempre necesarias), y lo que es la *socialidad* (las redes, los nexos, los tejidos y los lazos*

carnales y vivos entre los sujetos). Una distinción que aunque no lo parezca es clave a la hora de pensar la democracia y sus trasfondos, porque lo que nos permite en una época como la nuestra (época donde la crisis y el desplazamiento de las instituciones por parte del mercado incubando el vacío de sentido desdibuja la pretensión emancipatoria), es ubicar con mayor claridad la divergencia existente entre lo que es la lucha política por la democracia a nivel de la pura retórica institucional y lo que es *la lucha en la construcción de la democracia desde las formas vivas en que se teje la socialidad*. Pues no hay duda que en sociedades multiculturales como las actuales, la verdadera democracia para llegar a serlo, antes que vestirse formalmente de discurso oficialista (como aquel que todos los días es espectacularizado por los medios), tiene ante todo que buscar encarnar en la espesura de la socialidad y su tejido; esto es, en todo aquello que desde diversos ángulos hoy convoca y construye *el nosotros colectivo*. Y es que es ahí, en las formas de ponerse de acuerdo sobre



el sentido de lo social, en las formas tejer la socialidad y la convivencia, en donde aparece con todo su espesor el trasfondo cultural y comunicativo de la democracia contemporánea.

Expliquémoslo: del lado de su *trasfondo cultural*, hay que decir que es evidente que en tanto la democracia se refiera a una convivencia social justa y negociada, ésta, siempre (sobre todo en la plural y desigual América Latina) tendrá que ver con la cultura. Pues *con-vivir* democráticamente es respetar, escuchar, favorecer, integrar (que no homogenizar, ni aplastar) y reconocer a los cultural y económicamente *distintos* (sobre todo si son minoría o si son mayoría excluida). Es no obstaculizar su derecho a una vida digna y a la expresión, mantenimiento y defensa de sus ideas, sus costumbres y sus diferencias. Es construir *con ellos y desde ellos* un orden social justo que por igual beneficie y contribuya a mejorar las condiciones socio/económicas de los miembros más desfavorecidos de la so-

ciudad. Porque *con-vivir es exponerse cotidianamente al otro*, exponerse a sus reclamos e interpelaciones, contribuir a que tengan un lugar digno en la sociedad, arriesgar lo que uno es en su encuentro con él, luchar para compartir con él los espacios y los privilegios; por eso *con-vivir es y siempre será dentro de la democracia, algo que tiene que ver con la cultura, con el reconocimiento de otras culturas, de otros sentidos de la vida*. No se olvide que al fin y al cabo dentro de la construcción de una sociedad democrática *con-vivir* siempre conllevará poner en juego la identidad, las aspiraciones, los objetivos y los deseos. Por tal razón *con-vivir* democráticamente (como piensa Jesús Martín) implicará siempre *negociar con el otro la forma de construir el futuro y el sentido de la sociedad*; implicará en términos de lo deseable, ponerse constantemente de acuerdo con él sobre el mejor de los mundos posibles, donde por supuesto, como dicen los zapatistas, *quepan todos los mundos*. Sí, la cultura siempre forma parte del trasfondo necesario en la construcción permanente de la democracia.

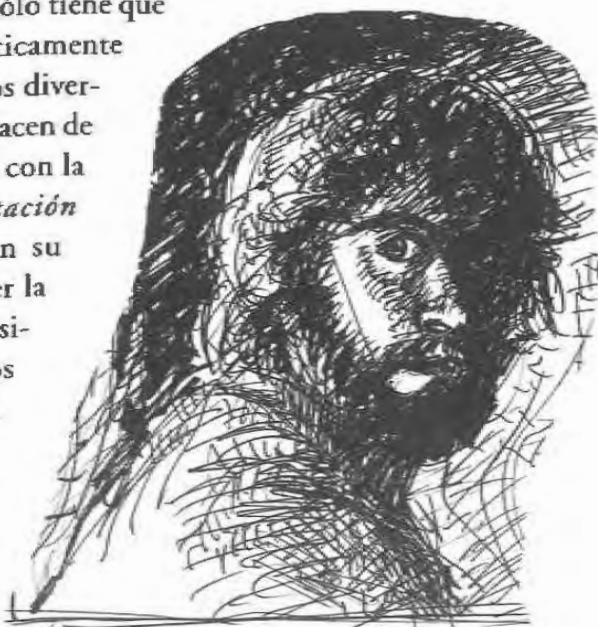
Ahora que del lado de su *trasfondo comunicativo*, hay que decir que en tanto la construcción permanente de la democracia implique convivencia social y relación justa entre sujetos plurales y diversos; en tanto implique interacción, interpelaciones y negociación; y en tanto implique reconocimiento y contacto con otros; *siempre involucrará de manera medular procesos de comunicación*. Sobre todo en sociedades informatizadas e interconectadas (como las que han aparecido con las ciudades virtuales, sociedades como en las que estamos viviendo al final del milenio). Sociedades contradictorias y complejas, multiculturales y caóticas, donde la comunicación tiene un lugar trascendental que las luchas por la democracia no pueden soslayar. Ya que por ser los procesos de comunicación el lugar donde se pone en juego la cultura, son el sitio donde se pone en juego el sentido de lo social y a través de éste, las formas políticas de alcanzarlo. Lo cual desde el comienzo propicia que la democracia también se juegue cotidianamente en esos procesos y que por



lo mismo, en tanto lucha por la convivencia no se pueda apartar de ellos, pues de manera inevitable se construye o destruye con ellos.

No es ningún secreto: *la democracia también se construye comunicando, comunicándose, comunicándonos, es decir, también se construye comunicativamente*. Y la comunicación, ya lo sabemos, no es sólo difusión, transporte, información o mensajes: *es cultura y también política*, porque aunque no nos guste tiene un *peso cultural y político latente*; un peso que por fortuna las luchas (civiles) por la construcción de la democracia (las luchas de los nuevos movimientos sociales) están empezando a reconocer. Como bien lo muestra *el peso y el valor político que hoy la comunicación ha cobrado en el espacio de la sociedad civil*, en la elaboración de sus demandas y sus modos de organización, en "su capacidad de construir la interpelación política en el intertexto de cualquier discurso estético, religioso, científico" (JMB, 1992b:15). Interpelación que lo que finalmente nos señala es *el papel estratégico que tiene la comunicación en la construcción del tejido de una sociedad democrática* y que no sólo tiene que

ver con el democráticamente deseable "uso que los diversos actores sociales hacen de los medios", ni sólo con la necesaria *representación democrática* que en su discurso deben tener la complejidad y diversidad de los distintos mundos de la vida que componen una sociedad, sino ante todo, que tiene que ver con el *entramado comuni-*



cativo con el que necesariamente se tiene que construir y edificar (día a día) *el tejido social* de una sociedad democrática.

PROPUESTAS Y SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE JMB PARA ALENTAR LA DEMOCRACIA EN LATINOAMÉRICA A PARTIR DE LOS PROCESOS Y LOS ESPACIOS DE COMUNICACIÓN/CULTURA

Preocupado y comprometido en la búsqueda de soluciones a los problemas *concretos* de América Latina, asumiendo éticamente su papel y su responsabilidad política como pensador, como académico y como ciudadano, JMB ha sido uno de los investigadores en el área de comunicación/cultura que no sólo se ha encargado de indagar e intentar esclarecer teóricamente lo que *significa todo este fermento* que vertebra *la densa ambigüedad del ahora*, sino que además al correr de los años ha realizado desde su área algunas importantes propuestas y sugerencias prácticas. Se trata, simple y llanamente de unas cuantas propuestas y sugerencias sobre unos *posibles* caminos y unas *posibles* decisiones concretas a tomar. Se trata claro está de unas "recomendaciones" que por espacio no describiremos aquí a detalle, pero que a grandes rasgos son las siguientes:

- Propuestas como las que ha hecho en torno al fortalecimiento de la pluralidad y heterogeneidad cultural de los países latinoamericanos
- Como las que ha hecho al Constituyente colombiano en función



de legislación de medios

- Como las que insistentemente ha hecho al Estado, a la sociedad civil y a los medios sobre la necesidad de unas *políticas culturales* incluyentes y enriquecedoras
- O como las que ha hecho a algunos municipios colombianos sobre estrategias de desarrollo cultural.

Y aunque si bien la misión o el objetivo de tales propuestas ha sido la de estimular tanto a la democracia y la justicia, como la creatividad y el encuentro, vale la pena mencionar que éstas no han surgido como *vanidosas sugerencias*, sino que más bien se trata de recomendaciones comprometidas que el investigador ha realizado impulsado por problemas, requerimientos o coyunturas muy específicas.

CONSIDERACIONES FINALES

Como se ha podido leer a lo largo de este documento, la necesidad y el deseo de "reestablecer sus sentido a las palabras" y a los términos *desde y con los cuáles* pensamos y describimos los fenómenos que se articulan en el crucial eje temático de la comunicación, la cultura, la política y la democracia, han llevado al investigador Jesús Martín Barbero a desplegar un imbricado tejido discursivo que,



cruzando muchos de sus textos e indagaciones y luchando contra la "vulgata planetaria", sin duda ha contribuido al esclarecimiento de mucho de lo que (no sin ambigüedades) actualmente acontece en nuestras sociedades. Y aunque las ideas y reflexiones que aquí hemos esbozado apretadamente, no son sino una pequeña muestra de lo mucho que este autor ha dicho y aportado a lo largo de su trayectoria, confiamos en haber comunicado al lector las principales tonalidades que matizan el pensamiento comunicacional y político del autor referido. Toca el momento pues al lector de hacer algo desde su espacio por redefinir y reestablecer a su modo el sentido de las palabras que usamos o que en el futuro necesitaremos acuñar para "nombrar" y pensar con mayor precisión lo que sucede y seguramente sucederá en el ámbito de la comunicación, la cultura

y la democracia. No hay duda: nuevos fenómenos, situaciones y cambios acechan, el reto es mejorar permanentemente nuestros instrumentos teóricos y afinar la sensibilidad para percibirlos y conversar sobre ellos. Claro, sin que este intento por reconstruir el sentido de nuestros "objetos de estudio" —como dijo el dramaturgo Maurice Maeterlinck (el llamado Shakespeare belga)— nos haga olvidar que:

Apenas expresamos algo lo empobrecemos singularmente. Creemos que nos hemos sumergido en las profundidades del abismo y cuando tornamos a la superficie la gota de agua que pende de la pálida punta de nuestros dedos ya no se parece al mar del que procede. Creemos que hemos descubierto en una gruta maravillosa tesoros y cuando volvemos a la luz del día sólo traemos con nosotros piedras falsas y trozos de vidrio; y sin embargo en las tinieblas relumbra aún, inmutable el tesoro.

BIBLIOGRAFÍA

- MARTÍN BARBERO, Jesús, 1987, *De los medios a las mediaciones comunicación, cultura y hegemonía*, Gustavo Gilli, México, 300 pp.
- , 1989a, *Procesos de comunicación y matrices de cultura, itinerario para salir de la razón dualista*, Gustavo Gilli-FELAFACS, México, 212 pp.
- , 1989b, *Panorama bibliográfico de la investigación latinoamericana en comunicación 1985-1989*, Telos (19), FUNDESCO, Madrid, España, pp. 140-146.
- , 1990c, *Notas sobre cultura política y discursos social en Colombia*, en Zemelman, Hugo, *Cultura y Política en América Latina*, Siglo XXI-ONU, México, pp. 99-115.
- , 1990d, *El oficio del comunicador. Una década en la formación de comunicadores sociales*, Universidad Católica de Uruguay/Fundación E. Nauman (Transcripción de conferencias dictadas) pp. 11-31.
- , 1991b, *Comunicación y ciudad: entre medios y miedos*, Boletín ALAIC, pp. 12-17.
- , 1992b, *Notas sobre el tejido comunicativo de la democracia*, texto publicado en el libro: *Comunicación y democracia*, CONEICC, México, pp. 13-26.
- , Jesús, 1997a, *El miedo a los medios. Política, comunicación y nuevos modos de representación*, en *Debate Político*, Colombia, pp. 13-32.



Guía elemental para un proyecto de investigación semiótica*

Juan Magariños de Morentin

En este texto el autor plantea una metodología semiótica para el diseño de los proyectos de investigación. Esta metodología nos permite entender algunas expresiones relativamente complejas. Aquí se nos explican los pasos que, a criterio del autor, son necesarios para elaborar un *Proyecto de investigación* con dicha metodología. Es claro que esta metodología coincide con los requerimientos solicitados en la mayor parte de los formularios para la presentación académica de Proyectos para becas o tesis de muy diverso tipo. Finalmente, este artículo con- cluye que, la política en función de los resultados de la investigación. Es decir que los dan académica o rán avalados por la in-



ca, marco teórico, metodología, paradigmas.

Considero conveniente reflexionar acerca del diseño de los proyectos de investigación en los que se utilice, de modo riguroso, la metodología semiótica, ya que ello puede ayudar a entender algunas expresiones relativamente complejas que no pueden dejar de utilizarse

* Se sugiere consultar SEMIOTICANS en <www.archivo-semiotica.com>: Manual de estudios semióticos: 1.2. Concepto y desarrollos de semiótica general: 1.2.2 Encuadre semiótico de los proyectos de investigación. (Se sugiere consultar, también, en la misma página web: 1.1. La semiótica como metodología.)